

Tradición y modernismo en medicina

CARLOS VEJAR-LACAVE*

Los médicos de hoy contemplamos dos modos diferentes de ejercer la profesión; el tradicional, la medicina privada, y el segundo, relativamente moderno, la medicina institucional. Ambos tienen, lógicamente, muchas cosas en común, pero sus perfiles y sus características no son las mismas, y en ocasiones presentan aspectos francamente divergentes.

El doctor Julio Frenk ha publicado recientemente sus conceptos sobre la medicina liberal y la institucional, tocando también la enseñanza médica mexicana. Fernando Martínez Cortés se ocupa de la relación "médico-paciente". Daniel López Acuña y recientemente don Pablo Latapí, hablan de "la crisis de la medicina mexicana". Parecería por tanto ocioso y repetitivo ocuparse de estos temas, pero no lo es. Excelente signo es que haya muchos médicos que reflexionan sobre ellos y publiquen sus juicios; quiere decir que hemos llegado en nuestro ejercicio a una situación desagradable que urge modificar. Marañón decía, a propósito de las buenas resoluciones, que hay que repetirlas, porque repetir es enseñar y eso es justamente lo que nos proponemos al mencionar a los médicos anteriores.

Por otra parte, dentro de la medicina privada, conceptos, ideología y trabajo, han sufrido también cambios que los tiempos modernos prohijan y hasta exigen. Por eso, no es inútil intentar que nuestros colegas jóvenes conozcan y sientan el problema actual del ejercicio médico, para hacerlos así seguir una ruta justa y amable, que dignifique su profesión y la ponga dentro de las normas que hace más de dos mil años dictó nuestro padre Hipócrates.

El hombre, en su salud y bienestar, es la razón de nuestra actividad; la atención médica que se le presta, curativa, preventiva o rehabilitadora, es nuestra meta; y todo eso, sin importarnos de ese hombre su postura política, su credo religioso, su posición económica, su raza o su religión. Nuestro trabajo debe brindarse a todos, amigos o enemigos, pobres o ricos, negros, blancos o amarillos. Esta es la filosofía que debe normar nuestro ejercicio.

Por eso ha sido bienvenida la medicina institucional, porque se impone como justa medida para hacer llegar nuestra ciencia a los sectores más desvalidos de nuestra población.

Pero la medicina en este siglo ha cambiado enormemente; nadie de la centuria pasada la reconocería fácilmente. El avance científico, la invención de nuevas técnicas, el gabinete, el laboratorio, todo demanda la exploración integral del sujeto por medios clínicos e instrumentales, y esto amenaza terminar con el médico de antaño, que usaba sólo

* Académico titular.

sus manos y su estetoscopio para atender a sus pacientes. La hipertrofia de la técnica fue haciendo insuficiente el consultorio e hizo indispensable la clínica y el equipo médico. Los complicados instrumentos y maniobras necesarias para hacer el estudio de un enfermo, desbordan las posibilidades de un hombre solo, obligan a la especialidad y encarecen la atención médica, así como deshumanizan nuestra ciencia, lo que provoca una situación bipolar: avance científico-técnico por una parte, retroceso humano y moral por la otra. Es verdad que el diagnóstico que ayer se le escapaba al médico general, ahora lo apresan los especialistas, con su amplio arsenal de mecánica moderna. Pero se ha olvidado que el equipo jamás podrá sustituir al hombre, por lo que la relación médico-paciente, que ahora nos preocupa, debe subsistir, conservando normas y tradiciones que la han enaltecido y que siguen siendo válidas.

El médico joven cambia a menudo la filosofía de la medicina, siguiendo por lo demás reglas que van de acuerdo con el tiempo y el ambiente que vivimos. Si la meta de muchos médicos de ayer era fundamentalmente curar a su paciente, ahora a los científicos y a los supersabios les importa más saber "qué tiene", y a los voraces, "cuánto tiene". El becerro de oro dentro de nuestra actividad —como lo dijera nuestro llorado maestro Ignacio Chávez— no será nunca bienvenido. Si no podemos desprendernos de la paga para dársela al César, ya que necesitamos vivir, es también verdad que nuestra economía debe ser sólo suficiente y decorosa, pero nunca exagerada ni ostentosa. El médico que se vuelve millonario ejerciendo su profesión, es frecuentemente inmoral y hasta corrupto; confundió su profesión con la banca, el comercio, la industria o la política, actividades en las cuales el solo dinero suele ser suficiente recompensa.

La medicina es una profesión que demanda una fuerte vocación, como el arte o la pedagogía. Hay que sentir esa voz interior que nos lleva irresistiblemente a desenvolver nuestra actividad vital en ese campo, a cumplir nuestro destino siguiendo ese llamado. El hospital es siempre una casa de angustia y de dolor y el consultorio un confesionario de dolientes. Si no queremos vivir entre la angustia y el dolor, debemos cambiar de ruta, porque en esta no vamos a cumplir, no podremos nunca al-

canzar el éxito deseado.

Es la clínica, el contacto con el enfermo, lo que debe ser más importante para el médico de ayer y de hoy. Sin embargo, vemos con tristeza que muchos médicos confían ciegamente en los estudios complementarios, que piensan que les dará un diagnóstico más certero que sus manos y sus ojos. Por atender al enfermo se olvidan de atender al hombre, deshumanizando su ciencia y diluyendo su responsabilidad en el equipo auxiliar. Y nadie puede ser humano sin sentirse responsable.

En España, Santiago Martínez Fornes dice: "Es imprescindible convertir el interrogatorio en diálogo cordial y fecundo. Dialogar es creer en el otro. La palabra, tocada de amor, se convierte en parábola". Y añade: "Debemos reconocer humildemente que hasta hace poco, los curanderos cuidaban más y mejor sus relaciones personales con los pacientes que nosotros los médicos". Termina con una frase que a mí me parece luminosa: "El termómetro clínico debe ser, ante todo, un pretexto para llevar la enfermera su ternura dos veces cada día al lecho del paciente". Y me digo, la visita del médico debe ser también iluminada por la ternura, cada vez que trate con un enfermo. Así es como debe practicarse la medicina. Por lo demás, esto mismo decían Paracelso y Maimónides y debe repetirlo todo el que sienta hondo el ejercicio de su profesión.

En México, Norberto Treviño afirma: "La verdadera función del médico sólo puede realizarse cuando además de una preparación médico-técnica indiscutible, se establece una relación íntima con el paciente, relación que permita conocerlo a fondo; cuando el enfermo encuentra en él, en sus gestos, en sus ojos, esa señal del interior del alma que le dice que primero que médico es amigo".

Estos y otros conceptos más explican el motivo central de mi libro *La deshumanización de la medicina*. El tema, iniciado en nuestra Patria en los años cincuenta, no pierde actualidad ni aquí ni en el resto del mundo; por eso no es ocioso volver a él. Seguiremos insistiendo sobre estas nuevas modalidades del ejercicio de la medicina, a riesgo de repetirnos y cansar, porque la importancia que tienen merece la atención y el estudio y la aceptación de todo aquel que quiera sentirse buen médico.